



RECTORIA

Discurso para recibir al señor Presidente de la República Socialista Federativa de Yugoslavia, Excmo. señor Josip Broz Tito.

25-IX - 1963 - Salón de Honor

La encrucijada de la historia en que se encuentran ahora -por primera vez solidariamente responsables- los pueblos y los estados del mundo, hace que la inquieta atención de todos los hombres se mantenga fija en aquellas personalidades que, como expresión y símbolo de los movimientos nacionales, transforman en hechos determinantes los fuertes impulsos de la conciencia colectiva. Entre ellas, con acentuados rasgos de patriótica firmeza que le dan una solvencia ejemplar, ~~que~~ la del señor Presidente de la República Socialista Federativa de Yugoslavia, que hoy tenemos entre nosotros.

Por encima de los sentimientos contradictorios que siempre se agitan alrededor de tales personalidades, de las tensiones y antagonismos que suscitan sus propósitos y actitudes, de la fuerza ciega con que intereses tradicionales y prejuicios pertinaces resisten sus iniciativas renovadoras, ellas prosiguen su trascendente tarea, robustecidas y estimuladas por la confianza y la cooperación de sus pueblos que, como todos los pueblos, sólo aspiran entrañablemente a que impere sobre la tierra un orden moral y social basado en la paz, la justicia y la libertad.

Junto a los Jefes de Estado de Occidente y Oriente que tienen la responsabilidad mayor en las grandes decisiones que afectan el curso de los acontecimientos mundiales, el señor Presidente de Yugoslavia está contribuyendo, en importante medida, a determinar, la fisonomía histórica de nuestra época. Esta es razón suficiente para



RECTORIA

su cuadro de honor.

Nadie ignora el apasionado patriotismo con que él condujo la resistencia nacional frente al invasor prepotente, durante la segunda guerra mundial: supo imprimirle un carácter que la hizo legendaria. Bajo su valerosa dirección, hombres y mujeres de las más diversas clases y condiciones mantuvieron, a lo largo de años aciagos, con precarios recursos pero con indómita voluntad, una campaña heroica para recuperar la independencia perdida. Durante ella, se identificó con su pueblo sufriente en el peligro compartido de todos los días, en la entrega sin regateos de los mayores esfuerzos, en la alentadora esperanza de un porvenir donde el hombre con su trabajo libre hiciera más bellas la tierra y la vida.

Lograda al fin la liberación nacional, fue necesario liberar también al pueblo yugoslavo de otro enemigo, tan funesto para su dignidad como el que fuera abatido por las armas: la injusticia social. Había que introducir profundos cambios en las estructuras básicas de la sociedad y del Estado; planificar nacionalmente la economía de una manera realista que, conservando los incentivos humanos de una libre emulación de trabajadores y empresas, resguardara el interés social; fundar las relaciones del trabajo y la producción en la observancia de estrictas normas de justicia y en vivos sentimientos de solidaridad; establecer mecanismos que, a través de los municipios, los sindicatos y otras organizaciones



RECTORIA

El señor Presidente, como Jefe de Estado, afrontó esta nueva responsabilidad con la misma resuelta constancia, que había puesto, como caudillo militar, al servicio de la liberación nacional. Pero ninguna reforma social puede desarrollarse positivamente si los pueblos y los Estados viven en angustiosa tensión ante aterradoras perspectivas de la guerra científica. De ahí que sea, en nuestros días, el primer imperativo de la conciencia política la lucha por una auténtica paz mundial, por la coexistencia armónica de los distintos regímenes económico-sociales que la historia ha hecho surgir, por la integración constructiva de sus intereses en un sistema de convivencia abierta que preserve los valores de la cultura y extienda los beneficios de la civilización a todos los hombres de todos los pueblos.

La lucha por la paz está, pues, en el primer lugar de las obligaciones de todo estadista verdadero. Ninguna otra puede obligar más, en la profundidad de su sentido ético, a cada ser humano y, superiormente, a quienes los pueblos han hecho depositarios de su confianza y de su esperanza. Así lo ha comprendido el señor Presidente y es él, en el plano de la política internacional, un activo propulsor de las iniciativas que tienden a estabilizar y consolidar las relaciones pacíficas entre los Estados, a eliminar los peligros del armamentismo nuclear de bloques antagónicos y a procurar que los poderes puestos a disposición del hombre por la ciencia y la técnica no sean empleados, para destruirlo, sino para dignificarlo, liberándolo de enojosas servidumbres.



RECTORIA

levantaron sus hogares. Ahora sus descendientes están contribuyendo -en las ciencias y las artes, en la industria, en el comercio, en las profesiones, dentro de esta misma Universidad- al progreso de Chile. Puede Ud. estar orgulloso de ellos. Basta esta circunstancia para que Ud., la señora Broz y todos los integrantes de su selecta comitiva no sean entre nosotros extraños sino amigos a quienes acogemos con sincera cordialidad. Al recibirlo en este solemne acto académico y otorgarle la máxima distinción de la Universidad de Chile, saludo en Ud., señor Presidente, al alto personero de un noble pueblo, al patriota que en horas de infortunio encarnó lo mejor de su espíritu combativo, al estadista que sabe interpretar sus aspiraciones y, sobre todo, al servidor de la causa de la paz, que es la causa de la Humanidad.

0000000000000000000000